

La literatura de viaje, una aventura de José Luis Castillo-Puche: *América de cabo a rabo*

José BELMONTE SERRANO
Universidad de Murcia

Marco SUCCIO
Università di Genova

Resumen

El presente estudio se propone indagar en los libros de viaje del novelista yeclano José Luis Castillo-Puche (1919-2004), y, más concretamente, en su volumen *América de cabo a rabo*, aparecido en 1959. Castillo-Puche, uno de los narradores más originales de su generación, fue, por su condición de periodista, uno de los grandes viajeros del siglo XX. El relato de sus viajes no supone un simple complemento de su literatura. Muy al contrario, con su capacidad innata para el diálogo entre los diferentes géneros, utilizó sus más conocidos recursos (el humor y la ironía) para ofrecernos, de primera mano, con impecable frescura, un amplio y variado fresco de la vida social, cultural y política de buena parte de los países del continente americano. En esta obra –poco conocida y escasamente analizada hasta ahora– se presta especial atención a los escritores españoles, muchos de ellos en el exilio, silenciados por el franquismo, como Juan Ramón Jiménez, y americanos, como Borges y su amigo Hemingway, con el que convivió durante un tiempo en su finca de Cuba.

Palabras clave: Castillo-Puche, literatura de viaje, novela española, América, exilio.

Abstract

This article aims to investigate the travel memories written by the Spanish novelist José Luis Castillo-Puche (1919-2004) and, more in detail, his volume *América de Cabo a Rabo*, published in 1959. Castillo-Puche is one of the most original writers of his generation and, owing to the fact that he was a journalist, he is also considered one of the great travelers of the 20th century. The account of his travels is not a simple complement of his literature; together with his innate capacity to create a dialogue between different genres, he used his best-known resources (humor and irony) to offer a portrait of the social, cultural and political life of many countries of the American continent. This work, that has received little attention so far, focuses particularly on Spanish writers, many of them in exile, silenced by Franco's regime, such as Juan Ramón Jiménez, and Americans, such as Borges and his friend Hemingway, with whom he lived for a while in his property in Cuba.

Keywords: Castillo-Puche, travel literature, Spanish novel, America, exile.

No es tarea fácil situar a José Luis Castillo-Puche (Yecla, 1919-Madrid, 2004) en el contexto de la narrativa española de la segunda mitad del siglo XX. Publicó su primera novela, *Con la muerte al hombro*, en 1954, y, si consideramos su fecha de nacimiento, fue contemporáneo de escritores como Camilo José Cela (1916-2002), Francisco García Pavón (1919-1989), Miguel Delibes (1920-2010) y Carmen Laforet (1921-2004), con los que estuvo en permanente contacto y, en alguno de los casos, estableció una firme y duradera amistad.

Alguno de los estudiosos de la narrativa española del siglo XX, como Ignacio Soldevila, incluyen a Castillo-Puche en lo que él denomina la “segunda promoción de la guerra”. Es decir,

un grupo de escritores que, nacidos entre 1912 y 1922, empiezan a publicar años después que sus contemporáneos de generación histórica (los Cela, Delibes, etc.), y que por ello manifestaban desde sus comienzos una nueva actitud frente a la literatura de mayor seguridad de inserción en una tradición previa, constituida no sólo por la obra de las generaciones anteriores, sino por la de sus más precoces compañeros, frente al voluntario adanismo de estos últimos. (Soldevila, 1980: 172)

Forman parte de la nómina de esta ‘segunda promoción de la guerra’ novelistas como Carmen Kurtz, Luis Romero, Corrales Egea, José Luis Sampedro y, entre otros, el propio Castillo-Puche. Y la característica que une a la mayor parte de ellos es, sobre todo, la inevitable e insistente presencia del autobiografismo, así como la actitud lírica en torno a una infancia vulnerada por el abandono y, sobre todo, por la guerra.

Por su parte, Sanz Villanueva, a la hora de situar a Castillo-Puche en su lugar correspondiente dentro de la literatura española, lo fija en lo que el crítico viene a denominar el “grupo del realismo metafísico o simbólico”, pues tiene en cuenta el carácter cristiano, moralizante y excesivamente pesimista que encuentra en la mayor parte de sus obras. García Viñó, aunque coloca al novelista yeclano entre los escritores que practicaron la “novela católica”, en donde la religión “está presente como una realidad de cada día” (García Viñó, 1975: 72), asegura, sin embargo, que los relatos de Castillo-Puche, frente a los autores que le sirven de referente, como Graham Greene, Georges Bernanos y François Mauriac, “no traspasan la esfera de la moral, los límites de lo estrictamente humano” (García Viñó, 1975: 70).

Finalmente, para no hacer más extensa y tediosa esta relación, vamos a referirnos a los trabajos de Gonzalo Sobejano y de Óscar Barrero. El primero de estos estudiosos, en uno de sus más conocidos trabajos sobre la narrativa española del siglo XX, indica tres caminos fundamentales: la novela existencial, la novela social y la novela estructural. Según explica Sobejano, “la primera dirección predomina en los narradores que se dieron a conocer en los años 1940, años de infradesarrollo, y en algunos exiliados que por entonces incrementaron y modificaron profundamente su labor” (Sobejano, 1976: 50). Los representantes más destacados de esta línea existencial serían Camilo J. Cela, Carmen Laforet y Miguel Delibes, quienes “vivieron la guerra como adultos y, en su actitud, no se han distinguido precisamente por su solidaridad generacional o ideológica, sino por una errante independencia” (Sobejano, 1976: 51). La temática empleada por

los autores citados sería, básicamente, la enajenación, el desencanto y la búsqueda de autenticidad. Castillo-Puche, según deja apuntado Sobejano, estaría incluido en este apartado de novelistas existenciales, pero en otro grupo diferente al indicado, junto a autores como Torrente Ballester y Elena Quiroga, puesto que los componentes de este subgrupo “plantean situaciones conflictivas” y “buscan el pueblo perdido a causa de la guerra, y vienen a encontrarlo en angustiosa situación de incertidumbre” (Sobejano, 1976: 51).

En la senda marcada por Sobejano se encuentra el trabajo de Óscar Barrero, donde se aportan nuevos e interesantes datos. Barrero materializa sus teorías aplicándolas a novelas concretas. Y asevera que la primera obra escrita en España que merece el calificativo de existencial es *Sin camino*, de José Luis Castillo-Puche. En éste y en otros relatos de autores como Delibes, Suárez Carreño o Ricardo Fernández de la Reguera que Barrero analiza, el tema de la soledad es el dominante; y se pone de manifiesto la infelicidad de los protagonistas, sus episodios amorosos frustrados y la caricaturización de algunos personajes: “El ser humano, en nuestra narrativa existencial, ni siquiera puede plantearse la sartriana angustia de ejercer la libertad metafísica: a ello se oponen fuerzas ambientales, sociales y otras de indefinida procedencia” (Barrero, 1987: 153).

José Luis Castillo-Puche, como ya se dejó plasmado líneas más arriba, inicia su carrera literaria con la publicación de *Con la muerte al hombro*, novela aparecida en 1954. Un relato muy elogiado en su tiempo y que, tras su lectura, sería la principal razón del inicio de la amistad inquebrantable que mantuvo con el norteamericano Ernest Hemingway. Tras ella, vendrían otros relatos, como *Misión a Estambul* (1954), probablemente una de las primeras novelas policíacas de la España de posguerra, *Sin camino* (1956), obra que fue censurada y prohibida en la España franquista, y que, por mediación de Pío Baroja, apareció, finalmente, en una editorial argentina, *El vengador* (1956), seriamente mutilada por la censura, e *Hicieron partes* (1957). Una carrera literaria casi meteórica, jalonada de éxitos, celebrada por los lectores y la crítica de aquel tiempo.

Justo en ese momento, ya a finales de la década de los cincuenta, Castillo-Puche, hombre activo e inconformista desde su juventud, se concede un respiro creativo a sí mismo. Un alto en el camino en la parcela narrativa para cambiar de tono, de registro y, también, de género. En 1959 saca a la luz *América de cabo a rabo*, obra a la que dedicaremos buena parte de nuestro trabajo. Y en los dos años siguientes, dos nuevas aportaciones que nada tienen que ver con la narrativa: un libro dedicado a uno de los reyes españoles, *Diario íntimo de Alfonso XIII* (1960), y un nuevo volumen en donde se recogen sus crónicas de uno de sus viajes más peligrosos y comprometidos: *El Congo estrena libertad*, aparecido en 1961. Conviene recordar, no obstante, que en la bibliografía de Castillo-Puche ya figuraba, con antelación, un libro ensayístico titulado *Memorias íntimas de Aviraneta o Manual del conspirador (Réplica a Baroja)*, de 1952, antes, incluso, de que sacara a la luz su primera novela. Los llamados libros de viajes o literatura de viaje, no finalizan aquí, con esas dos notables aportaciones, *América de cabo a rabo* y *El Congo estrena libertad*. En 1964 concluye definitivamente su labor como autor de obras de este género con la aparición de un libro que es fruto del encargo de una editorial.

Nos estamos refiriendo a un pequeño volumen de poco más de medio centenar de páginas, si no contamos las numerosas fotografías de las que se nutre y un “Suplemento de Información Práctica”, titulado *Costa Blanca y Costa de la Luz*, que surge bajo el sello de la prestigiosa editorial Noguer de Barcelona, con una portada a todo color a cargo de Catalá Roca (los apellidos del conocido artista catalán aún no figuraban unidos por un guion). Es fácil intuir que la guía cumple con todos los requisitos de un compromiso que asumió el novelista yeclano como parte de su oficio, como una manera de ganarse la vida. Sin embargo, no es menos cierto que, aunque los textos son breves, para cumplir con el trámite, y carecen de ese carácter puramente creativo, hay páginas que destacan por la brillantez y la belleza de una pluma ya consumada, ciertamente experimentada, que no se resiste a darle un toque personal, incluso íntimo, a su aportación. Sucede, por ejemplo, cuando en su prolongado itinerario —comienza en Denia, en la provincia de Alicante, y concluye en la playa murciana de Águilas, en la frontera con Andalucía— el viajero, poco a poco, reparando en todo cuanto le alcanza la vista y el resto de sus sentidos, se acerca, procedente de los turísticos paisajes alicantinos, a tierras murcianas, a lo que él denomina “la espesa y ubérrima Huerta”. Ahí tendremos ocasión de descubrir pasajes repletos de sensualidad y de carnalidad frutal, como el que aquí recogemos, en donde se aprecia la profunda huella de Gabriel Miró, uno de sus reconocidos maestros durante su formación como escritor:

Si el viajero es amigo de los placeres sutiles deberá dirigirse al atardecer al paseo del Malecón, a la orilla del río. Allí están los mejores huertos murcianos de naranjos y limoneros que perfuman el aire con la esencia enervadora del azahar. Por la mañana en cambio, debe subir a la torre de la catedral: los pueblos de la Huerta, del extenso y cuajado corredor de la Huerta, parecen desde allí caber en la palma de la mano. (Castillo-Puche, 1964: 47)

Su faceta puramente ensayística, sin embargo, seguiría con una fulgurante carrera jalonada de trabajos muy apreciables, que la crítica más exigente ha sabido valorar en su justa medida, sobre escritores como Baroja, Azorín, Hemingway, Ramón J. Sender, y pintores como Francisco Lozano, Aurelio Pérez, Pedro Borja, Ricolópez y Cristóbal Toral.

Conviene recordar la ascendencia periodística del escritor yeclano. A partir de 1947 comienza a vivir, exclusivamente, del periodismo. Es el responsable de las páginas universitarias de la revista *Signo*, labor que desempeña hasta 1949. Unos años antes, en 1943, había abandonado la carrera eclesiástica que cursaba en el seminario cántabro de Comillas, y pasó a matricularse en unos cursos abreviados para profesionales sin carné en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, capital a la que había llegado en el otoño de ese mismo año. El ensayo periodístico, así como sus libros de viajes, no fue del todo ajeno a su trayectoria profesional y literaria. La literatura, su labor más puramente creativa, fue lo que más le cundió a lo largo del tiempo y en lo que más empeño puso siempre nuestro escritor, pero jamás olvidó del todo esa vena de reportero a la que nunca quiso renunciar. Y tal circunstancia, lejos de convertirse en una rémora, en un lastre, en una carga pesada en su carrera, sirvió para que se produjera una feliz contaminación entre ambos géneros, como tendremos ocasión de comprobar en el

presente estudio. De hecho, dos de sus novelas, *Oro blanco* (1963) y *Jeremías el anarquista* (1975), transcurren en territorio americano. La acción de la primera de ellas, quizá una de las menos conocidas de toda su trayectoria como narrador, e injustamente olvidada hasta hoy mismo, transcurre en suelo estadounidense, en el estado de Idaho, en donde los pastores vascos, considerados los más diestros y preparados para un oficio tan duro, que requiere un prolongado aislamiento, rodeados de su ganado y con apenas un aparato transmisor a través del cual tenían noticias del mundo periódicamente, eran los únicos capaces de resistir esta situación tan particular. En las páginas de *América de cabo a rabo* se aprecia ya la firme voluntad y el decidido deseo de su autor por llevar a cabo, en un futuro no muy lejano, un trabajo de esta índole. En el apartado dedicado a los Estados Unidos, Castillo-Puche da noticia a sus lectores de ese curioso grupo de personas procedentes del norte de España, de las provincias vascongadas. Y añade:

Se sabe que hay en Idaho unos hombres jóvenes y fuertes que llegan de España, que hablan un idioma raro, que es gente seria y trabajadora y que tienen mucho partido con las mujeres, aunque suelen casarse con vascas, y que algunos, que ya han triunfado, dejaron a un lado los rebaños de oveja en las montañas y se han establecido en San Francisco y otros puntos como grandes señores. El pastor vasco tiene ya en Estados Unidos una celebridad casi mítica, una especie de leyenda entre romántica, aventurera y épica. (Castillo-Puche, 1959: 589)

La pista de lo que está por venir, de lo que ya está bullendo, a fuego lento, en su fecundo y fértil magín, nos la proporciona Castillo-Puche unas páginas más adelante en donde concluye el párrafo del modo que sigue: “Y corto aquí, porque sobre estos vascos del Oeste americano preparo nada menos que una novela” (Castillo-Puche, 1959: 597). El otro relato al que hemos aludido, *Jeremías el anarquista*, segunda novela de la trilogía denominada “El cíngulo”, que no llegaría a completar jamás, está ambientada en la ciudad de Nueva York, lugar en donde este personaje planea cometer un atentado. Es obvio que la metrópoli americana había impresionado a Castillo-Puche a partir de su primera visita. En *América de cabo a rabo* no faltan pasajes en los que, utilizando, fundamentalmente, a García Lorca y su *Poeta en Nueva York* como intertexto, el escritor yeclano denuncia por escrito el carácter deshumanizador de este lugar tan particular, capaz de sorprender a cualquier europeo que cree haberlo visto todo:

En Broadway puede verse a un muchacho pintado como una cupletista, y la gente sigue andando; se ve a un señor de rodillas pidiendo perdón por los pecados de los hombres, y la gente sigue caminando; se ve un edificio echar llamaradas como infiernos, y la gente mira un momento y prosigue su marcha. Nada es noticia en Broadway. (Castillo-Puche, 1959: 557)

La aventura americana de José Luis Castillo-Puche tendría continuidad, tras su largo viaje de finales de los cincuenta, cuando, entre 1967 y 1971 reside, de manera continuada, en la ciudad de Nueva York. Allí contrae la obligación de enviar una crónica diaria al periódico *Informaciones* de Madrid para el que trabaja. En ese tiempo, durante esos años, fue un testigo privilegiado de acontecimientos relevantes para el mundo, como los asesinatos de Lutero King y Robert Kennedy, así como la llegada del primer hombre a la Luna. *América de cabo a rabo*, pues, no sólo es, en sí misma, una obra que

encierra una desbordante belleza, un valor incuestionable, una verdadera lección magistral de cómo hacer literatura a través del periodismo, de las páginas efímeras y volanderas de un diario, sino que también nos sirve de soporte en el que nuestro autor va anotando cada uno de sus pasos, aquellos planes que adelanta sus lectores.

Tras la publicación, en 1957, de *Hicieron partes*, Castillo-Puche recibe una ayuda del Instituto de Cultura Hispánica para emprender un largo viaje, de un par de meses de duración, por América del Sur. Por entonces, nadie podía sospechar, ni siquiera el propio autor, que su singladura habría de durar catorce largos meses, subsistiendo, no ya de su beca, sino a base de dictar conferencias, escribir artículos y de generosas invitaciones de amigos, españoles y americanos, que, milagrosamente, fue encontrándose en el camino. Un total de ciento veinte mil kilómetros recorridos en un periplo que se inicia el 30 de junio de 1957 y concluye el 24 de agosto de 1958. Fue, como se encarga de proclamar el propio Castillo-Puche en el prólogo de *América de cabo a rabo*, “la mayor y mejor experiencia de mi vida” (Castillo-Puche, 1959: 20). Sus crónicas fueron apareciendo, una vez que el autor yeclano había regresado a España, en el diario *Pueblo* de Madrid, dirigido por entonces por un conocido periodista y escritor, Emilio Romero. Javier Chivite afirma que “los periódicos de entonces le llamaban el ‘trotamundos de Yecla’ y calificaron su hazaña como ‘la gran aventura de América’” (Chivite, 2009: 35). Según Chivite, “cuando partió desde España rumbo a América (vía Canarias), llevaba en una maleta una camisa y unos calcetines; y 95 dólares en el bolsillo” (Chivite, 2009: 72). Sin embargo, como se apunta en ese mismo estudio, a su regreso, tantos meses después que ni siquiera pudo asistir al nacimiento de uno de sus hijos, se presentó ante los suyos “con seis maletas, dos máquinas fotográficas, decenas de rollos de película, y una enorme cantidad de paquetes a sus espaldas” (Chivite, 2009: 72).

Poco después, el conjunto de sus crónicas, que habían despertado un inusitado interés entre los lectores de aquel tiempo, tan poco acostumbrados a este tipo de reportajes, fue reunido en un volumen titulado *América de cabo a rabo*, aparecido poco antes del verano de 1959. Una edición única que no tardó mucho tiempo en agotarse, hasta que, más de tres décadas después, fue sacado nuevamente a la luz al conmemorarse el quinto centenario del descubrimiento de América. Entre una y otra edición no hay excesivos cambios, al margen de sus respectivas portadas y de las ilustraciones que acompañan al texto. No hay una gran diferencia, pero sí una notable y significativa aportación: el capítulo añadido sobre la República Dominicana, con la incorporación de una polémica entrevista al dictador Rafael Leónidas Trujillo, amigo personal de Franco, que la censura de finales de los cincuenta había prohibido terminantemente que se publicara. En este capítulo sobre Trujillo, que es una obra maestra del periodismo moderno, tendremos ocasión de detenernos.

El “Prólogo” de *América de cabo a rabo* es, en sí mismo, una verdadera joya de imaginación creativa. Ahí, en esas páginas preliminares y absolutamente necesarias para contextualizar su aventura, se aprecia el entusiasmo del autor por este viaje, del que, milagrosamente, regresó indemne. En el “Prólogo”, de casi una veintena de páginas, Castillo-Puche se refiere con detenimiento a su condición viajera y, sobre todo, a la necesidad de que todo escritor –siguiendo la conocida consigna cervantina– salga al

exterior de un país en donde aún se percibían los últimos rescoldos de la Guerra Civil, y en donde era preciso una urgente modernización que bien podría comenzar por salir del aislamiento, visitando los países vecinos, o a la ya casi abandonada América Latina. Frases como “Si no viajara, me volvería loco” y “El día en que deje de viajar será que me he muerto” (Castillo-Puche, 1959: 11), recogidas justo en la primera página del “Prólogo” dan una idea de la importancia del viaje para la formación del espíritu de nuestro autor; para su aprendizaje como ser humano y, también, como escritor y creador de ficciones.

Del mismo modo, en *El Congo estrena libertad*, Castillo-Puche nos ofrece una sólida justificación de su iniciativa viajera: “Viajar sobre todo es inventar, pero inventar sobre realidades ya sabidas o imaginadas, quién sabe desde cuándo y cómo” (Castillo-Puche, 1961: 11). Y líneas después: “Si uno está dispuesto a saber recordar y a saber olvidar, un viaje siempre es una renta, segura, desde el punto de vista literario, se sobreentiende” (11). Manuel Cerezales, en su estudio sobre Castillo-Puche, en el capítulo significativamente titulado “Viajes y literatura”, asevera:

Una de las facetas características de la vida y la obra del escritor es una irrefrenable pasión viajera. En 1954 se casó con Julia Figueira [...]. Pero siendo José Luis un hombre hogareño, amante esposo y excelente padre de familia —el matrimonio tiene tres hijos—, no ha frenado sus impulsos viajeros. En esto puede emparentarse con Hemingway, el gran escritor americano, impenitente trotamundos, con el que llegó a estar unido por lazos firmes de una larga amistad. (Cerezales, 1982: 23-24)

De igual modo, en la entrevista de José Belmonte concedida por el escritor, aparecida en el año 2000, no mucho tiempo antes de su muerte, Castillo-Puche se define a sí mismo como un hombre “con grandes impulsos viajeros o incluso de aventura” (Belmonte, 2000: 181). Allí repetiría lo que ya había manifestado en el prólogo de *América de cabo a rabo*:

Cuando fui joven estaba siempre dispuesto a coger la maleta, una maleta cuanto más ligera mejor, y salir hacia cualquier parte del mundo. Así, he recorrido medio mundo, hice viajes a veces arriesgados, a veces hasta peligrosos, como cuando fui al Congo con motivo de su independencia y acabé metido en la cárcel de donde me sacaron los italianos, quiero decir la embajada italiana, porque España ni siquiera tenía embajada allí. O cuando recorrí el Sahara hasta sangrarme los pies porque el *jeep* se había estropeado. (Belmonte, 2000: 201)

¿Cómo organiza Castillo-Puche todo el abundante material de que dispone para llevar a cabo su libro? ¿Existen unas reglas concretas para cada uno de estos capítulos? Antes de responder a esas cuestiones, conviene aclarar que *América de cabo a rabo* lleva en su interior una ilustración de Zalamea por cada uno de los países visitados. Poca es la información que hemos podido recopilar sobre este artista, aunque sí se sabe que tuvo un momento de esplendor cuando se ocupó de las portadas de unos libros basados en un exitoso serial radiofónico, de tipo costumbrista, iniciado a mediados de la década de los cincuenta del siglo pasado: *Matilde, Perico y Periquín*.

Otro detalle de no menos interés tiene que ver con la dedicatoria de la obra: “A Mary y Ernesto Hemingway”. De este último tendremos ocasión de hablar más adelante cuando nos refiramos a esos escritores a los que Castillo-Puche visitó o con los que entró en contacto en su largo y sustancioso periplo americano. Hemingway, al que Castillo-Puche conocía personalmente desde el año de la publicación de *Con la muerte al hombro*, fue, según cuenta el propio escritor yeclano en su libro de 1992, quien, en 1956,

gestionó con la embajada americana en Madrid una invitación del Departamento de Estado para mí, y en 1958, gracias a esta invitación, hice mi primera visita a los Estados Unidos y pasé unos días con él y con Mary en ‘Finca Vigía’, en La Habana, todo lo cual he relatado en mi libro *América de cabo a rabo*, que precisamente dediqué a Mary. (Castillo-Puche, 1992a: 120)

En la aludida obra no hay mucho espacio para Mary, aunque ella estaba junto a Hemingway cuando recibieron la visita de Castillo-Puche, pero sí tiene ocasión de hablar de su personalidad, que aquí se califica de “natural, espontánea, aguda, sentenciadora” (Castillo-Puche, 1992a: 490).

Son, pues, al margen del extenso prólogo, de cuya importancia y trascendencia ya dimos cuenta, un total de trece capítulos que corresponden a otros tantos países: Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Guatemala, Cuba, Puerto Rico, Estados Unidos y Méjico. Fueron, sin embargo, veintitrés naciones las visitadas durante este tiempo. Pero el escritor y periodista viajero sólo escribió de aquellas tierras que más le impresionaron o que, por una u otra causa, le dejaron huella. Sin olvidar que, en el caso de Venezuela, en 1958, cuando Castillo-Puche intentaba cruzar su frontera, estalló la revolución que derrocó al dictador Pérez Jiménez, con lo que, como se testimonia en la edición de 1992, “era muy arriesgado entrar en el país, sobre todo para mí, pues por lo visto se perseguía principalmente a los italianos y decían que mi apellido sonaba a italiano y que podía tener problemas” (Castillo-Puche, 1992b: 11).

Falta aquí, en esta primera edición de *América de cabo a rabo*, un extenso capítulo sobre la República Dominicana que, como se dejó dicho, fue censurado y no pudo aparecer hasta la edición de 1992, cuya única variante, al margen de un nuevo prólogo y de las ilustraciones que, en esta ocasión, realiza el pintor murciano Aurelio Pérez, consiste en incorporar ese texto que los responsables del periódico y de la editorial consideraron que no debería figurar para no verse implicados en un farragoso asunto político y así no tener que enfrentarse a las poco amistosas y dialogantes autoridades de entonces. Castillo-Puche lo explicó del modo que sigue en esa nueva edición, aparecida más de tres décadas después: “Lo que nadie pudo evitar fue que la censura prohibiera que se publicase mi visita a la República Dominicana y la entrevista que mantuve con el generalísimo Trujillo, el tristemente célebre ‘Benefactor y Padre de la patria Nueva’, uno de los dictadores más repulsivos de los que en este siglo han sido” (Castillo-Puche, 1992b: 11).

¿Qué fue lo que podía haber molestado tanto a la censura? ¿Por qué razón fue sacrificado uno de los capítulos más desgarradores y brillantes de su viaje americano? La lectura a fondo de este pasaje nos aclara el asunto. Castillo-Puche comienza por

confesar que, desde su llegada a América, la posibilidad de entrevistar a Leónidas Trujillo, por remota que fuera, se había convertido en una obsesión para él, en uno de sus principales objetivos “en un espíritu tan libre como el mío, a quien en aquellos tiempos de mi todavía impulsiva juventud, o digamos de juvenil plenitud, estos riesgos siempre eran una incitación incontenible a la aventura” (Castillo-Puche, 1992b: 395).

El todavía joven periodista comienza por dejar constancia de que en la República Dominicana, cuya realidad se desarrolla al albur de un dictador implacable y sanguinario, “la vida no valía un pimiento y cualquier acusación, aunque fuera la de haber robado un pan, te podía conducir *ipso facto* a la ejecución sin más preámbulos” (Castillo-Puche, 1992b: 398). Esa es la principal razón por la que el embajador español en aquel país, Alfredo Sánchez Bella, que está al tanto del carácter impulsivo e incorruptible de Castillo-Puche, le recomienda fervientemente que sea muy cuidadoso, que, sobre todo, deje hablar al dictador y no le lleve jamás la contraria. Pero el escritor yeclano, aun siendo consciente de lo que había sucedido, tiempo atrás con el desaparecido jurista y político español Jesús Galíndez –del que, por cierto, en 1990, Vázquez Montalbán se ocupó en una de sus mejores novelas–, que fue raptado en Nueva York y enviado a la fuerza a la República Dominicana, donde fue asesinado por mandato expreso de Leónidas Trujillo, se mostró altanero y desafiante, sin pararse a pensar en las posibles consecuencias de su actitud. Castillo-Puche reproduce cabalmente el diálogo entre entrevistador y entrevistado. Un diálogo entrecortado, nada cordial, en el que se aprecia la arrogancia y la soberbia de su interlocutor. Durante ese tiempo, en el que la tensión podía cortarse con un cuchillo, el novelista yeclano dejó entrever su escasa simpatía por la figura de Franco, aliado, como se sabe, del régimen dominicano. A la hora de la despedida, Leónidas Trujillo no pudo ser más tajante:

Muchacho [...], yo espero que cuando llegue el momento y la hora, usted, como miles de españoles, estén dispuestos a morir por el Caudillo. Hay muchos traidores, desertores, espías, quintacolumnistas y gente soviética hasta la médula o gente degradada por los yanquis que pueden hacer una nueva guerra. Y yo estoy dispuesto a morir por el Caudillo, dígalo allá, escríbalo, dígaselo a él mismo si puede, porque España está perdiendo un poco la razón y el sentido, y yo lo sé mejor que nadie –y se dio un puñetazo en el pecho. (Castillo-Puche, 1992b: 411)

Ni qué decir tiene que Castillo-Puche, por consejo del propio embajador, que no salía de su asombro, tuvo que abandonar de inmediato el país, escoltado por un diplomático español con el fin de otorgarle inmunidad:

El vicecónsul de Puerto Rico, que era amigo mío, vino a buscarme por la mañana y juntos enfilamos hacia el aeropuerto. Yo no quería aparecer desmoronado ante él, pero me sentía con una gran agitación, no solamente nervios. Esperamos en el bar y bebí más de la cuenta. El vicecónsul sonreía detrás de sus gafas. Hasta que estuve metido dentro del avión y con el diplomático al lado, no me sentí seguro. (Castillo-Puche, 1992b: 414)

El esquema de su trabajo es casi la ausencia de un esquema preciso y rígido. En este sentido, trabaja con la urgencia y la vibración interna de un periodista, pero, al mismo tiempo, vuelca sobre su labor toda su experiencia de escritor, de novelista ya

diestro y avezado. Castillo-Puche, que, en este sentido, tuvo como modelo, a lo largo del tiempo, a autores como Pío Baroja, disfrutaba siempre de la escritura, pero nunca fue capaz de organizar un esquema previo de trabajo. Su carácter impulsivo, impetuoso y febril, se transmitía a la propia escritura. Se entiende así que, en *América de cabo a rabo*, cada capítulo se atenga a un guion previo, si es que existe, muy diferente. Sin embargo, lo que une a cada una de estas partes no sólo es el tono, la voz y el inconfundible estilo de su autor, sino, asimismo, el firme deseo de otorgarle un espíritu y un aire novelesco a su texto, con la continua presencia de anécdotas y el ensimismamiento del propio autor, quien nos transmite, una y otra vez, su pasmo y su sorpresa por todo aquello que oye y contempla. Se trata, en suma, de sacrificar la erudición y apostar por una obra arbitraria, algo caprichosa; un “libro antojadizo, precipitado y volandero” (Castillo-Puche, 1959: 15), como asevera en el prólogo de su primera edición. Castillo-Puche, en ese mismo prólogo, nos revela que fueron pocas las ocasiones que tomó notas de su viaje: “Me contenté con vivir y he fiado mucho en mi memoria, que no suele hacerme faenas” (Castillo-Puche, 1959: 18).

Las descripciones que nos ofrece a lo largo de la obra son valiosas, deslumbrantes a veces. Aunque lo pretende a lo largo de estas páginas, no puede distanciarse de aquello que contempla y salta a la arena, mimetizándose con el paisaje y mezclándose con la gente. Su fino olfato de periodista no le impide, sin embargo, observar e interpretar la realidad como aquellos viajeros de los siglos XVIII y XIX —franceses, británicos y alemanes, fundamentalmente— que se desplazaban hasta tierras exóticas —a Oriente y a África, sobre todo— para luego contar a sus lectores los prodigios de ese mundo ignoto. Al llegar a Brasil, por ejemplo, primera etapa de su viaje, Castillo-Puche parece contagiarse de la música autóctona y, casi a ritmo de samba, nos brinda estas impresiones:

La vida de Río de Janeiro, ajajá, samba, resamba, contrasamba; la vida en Río, cafetal, cafetito, café; la vida de Río de Janeiro, florido aristocratismo, funcionarismo numeroso y metódico, inflación creciente en medio de la riqueza. Río de Janeiro, mansión señorial, oficina compacta, bancos, favelas, esto es, avaricia, pillería, pobreza, opulencia, placer. Hay un Gobierno, hay burocracia, hay capital, hay proletariado, y todo está junto, como amasado, formando parte del pan que crece en olor, color y sabor. (Castillo-Puche, 1959: 51)

Otras veces, su mirada se proyecta hacia elementos más concretos, como una cámara cuyo objetivo se centrara en los primeros planos. Así sucede cuando, en el apartado dedicado a Chile, fija su atención en uno de los árboles más representativos y peculiares de la zona, la araucaria:

Es el árbol eterno, verde y quemado a la vez, un árbol que tiene algo de vegetación marina, aunque con una cabellera de ceniza. El ligero y suave pendular de sus ramas tiene algo como de estremecimiento cósmico. (Castillo-Puche, 1959: 207)

No es, como se puede apreciar, el típico y conocido discurso periodístico, sino la expresión subjetiva de un escritor que no elude ir al encuentro de la belleza de la palabra. Castillo-Puche, periodista entrometido y curioso, no evita, sin embargo, cuando es

preciso, el choque con la realidad. Este se produce cuando eleva su tono y tiende hacia una reflexión más social. América Latina, conviene recordarlo, no vive sus mejores tiempos y la pobreza y la desigualdad es fácil apreciarla con tan sólo salir a la calle. Lleva a cabo, asimismo, una profunda meditación sobre el significado y el futuro del peronismo, que perfila masas y tendencias ya en estado de cansancio, en su capítulo sobre Argentina, y pone su mirada en las favelas de Brasilia, donde se fija en la “cantidad de miseria allí amontonada”, en donde “los muertos o atacados por tuberculosis, paludismo, lepra, sífilis, pueden también llegar al cuarto de millón” (Castillo-Puche, 1959: 74).

Uno de los aspectos que mejor contribuyen a que estas crónicas conserven gran parte de su frescura inicial es la continua presencia en estas páginas de anécdotas personales, de pequeños sucesos y relatos, veteados de un fino humor, que convierten en más a menos y divertidos estos textos. Así sucede en el capítulo de Colombia en donde, a lo largo de varias páginas, cuenta la historia de un indio que, de modo insistente, pretende venderle una piel de serpiente de diez metros de longitud, a muy buen precio, “recién seca y recién traída del río” (Castillo-Puche, 1959: 333). Castillo-Puche trata de defenderse como puede ante una oferta tan tentadora y curiosa: “Yo no dudo del producto. De lo que dudo es de un bolsillo y, sobre todo, de que esto quieran admitirlo en España en carta certificada” (333).

El humor es un componente esencial en estas crónicas. El alimento con el que nuestro autor consigue atrapar al lector desde las primeras páginas. Aunque la literatura de Castillo-Puche ha sido tradicionalmente calificada de bronca y dura, no conviene olvidar que el humor está presente en la mayor parte de sus obras como una especie de analgésico. En 1966, otro periodista, paisano de Castillo-Puche, Salvador Jiménez, en una entrevista que le realizaba al escritor yeclano, daba cuenta del siguiente descubrimiento:

Hay algo de ira justiciera y terrible en sus palabras, a ratos. Se descompone. Pone la vida en cada sílaba [...]. Pero a continuación hay ironía y eso que asoma en sus novelas y que algunos astutos no huelen: humor, sentido del humor. (Jiménez, 1966: 101)

Sin embargo, uno de los elementos más descolantes de *América de cabo a rabo* es, sin lugar a dudas, el análisis que José Luis Castillo-Puche lleva continuamente a cabo y con el que trata de analizar las relaciones entre América Latina y España. Un asunto muy delicado y un tanto polémico por entonces, durante la época del franquismo. En el prólogo de la primera edición, Castillo-Puche pone el dedo en la llaga y no elude responsabilidades: “Por regla general, de América en España no se habían escrito más que líricas aleluyas y salmos confraternos con vocación de cheque” (Castillo-Puche, 1959: 17). Y, páginas más adelante, ofrece algunas soluciones:

Lo que la América de España y la España de América necesitan es la conjugación por activa, por pasiva y hasta por perifrástica, del verbo dialogar, diálogo sincero a base de tú y yo y no esa manía de los discursos pomposos. La complacencia en el engaño mutuo vicia toda posibilidad de comprensión. (Castillo-Puche, 1959: 20)

Uno de los mayores impedimentos de este diálogo que propone es el rencor histórico, que sale a relucir en el capítulo dedicado a Argentina. Es obvio que en aquellas tierras es en donde el viajero encuentra mayor rechazo hacia los españoles. Sus palabras no pueden ser más firmes, y con ellas propone repartir las culpas:

El día que se haga un paralelo entre conquistadores y libertadores nos llevaremos grandes sorpresas. No todo en los primeros fue salvajismo, cuquería, ambición, oportunismo. Ni todo fue en los segundos magnanimidad y grandeza. Hubo de todo en unos y en otros. Y esto lo saben ya hasta los maestros de escuela de los villorrios más apartados. (Castillo-Puche, 1959: 146)

De igual modo, llegado a Panamá, el escritor se queja amargamente del desconocimiento que existe en España de aquellas tierras, y especialmente de su cultura y su folklore. Y pone mayor énfasis, si cabe, en el modo en que los españoles hemos dejado en manos norteamericanas el destino de ese y otros países del entorno, abandonados a su suerte:

No deja de ser curioso y aleccionador comprobar que son los países hispánicos, más fuertemente sometidos a una influencia constante y a una presión directa de los anglosajones, los que con más celo y fervor defienden la pureza de su lengua contra los errores y vicios que, de un modo sistemático e inevitable, se les cuelan a diario. (Castillo-Puche, 1959: 429)

Antonio Crespo, uno de los pocos estudiosos de la obra periodística de José Luis Castillo-Puche, dejó claro que, tanto *América de cabo a rabo* como en *El Congo estrena libertad*, están por encima de la típica crónica apresurada de un turista cualquiera. Y añade:

A la descripción paisajística se une el dato histórico o sociológico; a la anécdota curiosa, la reflexión ponderada. El buen estilo del periodista yeclano permite al lector trasladarse imaginativamente, sin esfuerzo, a estos mundos tan lejanos y distintos. (Crespo, 1985: 179)

Por su parte, Manuel Cerezales, a propósito de *América de cabo a rabo*, destaca el hecho de que la obra, como se ha venido apuntando a lo largo del presente trabajo, “no es un libro al uso, sino una crónica variadísima, palpitante, profunda a veces, pintoresca y amena otras, del mundo americano de aquellos años” (Cerezales, 1982: 24-25).

La visita a un vasto dominio como es América, le da la oportunidad a Castillo-Puche de entrar en contacto no sólo con la gente común de esas tierras, con los habitantes de estas naciones que recorre sin prisa alguna, con pasmosa lentitud, sino también con muchos de sus más reconocidos escritores e intelectuales. En el primero de los casos, de vez en cuando, se lleva alguna agradable sorpresa, como sucede a su llegada a territorio chileno. Allí tiene un encuentro con un paisano suyo, de Yecla, que había llegado a América en 1910, como actor de la Compañía de María Guerrero. Sólo era un galán de tercera fila, “probablemente de los galanes que suben y bajan el telón o cambian los decorados, que también pueden ser galanes” (Castillo-Puche, 1959: 195). Al final, tras casarse en segundas nupcias con una mujer adinerada, decide montar un “negocio” de vinos, el producto más apreciado y mejor conocido en su tierra de

origen. Y por si todo ello fuera poco, la conversación entre ambos deriva hasta descubrir que son parientes, que existe una familia en común.

Pero, al margen de estas sabrosas anécdotas que le confieren un carácter aún más humano, si cabe, a la obra, otro de los elementos que más nos sorprende del libro es el relato de sus encuentros con escritores españoles, así como con escritores autóctonos en aquellas tierras. Encuentros breves en ocasiones, como el que tuvo con Borges o Ernesto Sabato en Buenos Aires, o con muchos de los exiliados españoles en Méjico y Argentina, como Max Aub, León Felipe, Rafael Alberti y Ramón Gómez de la Serna. La cita con Borges ocurrió en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, de la que era director. Castillo-Puche no puede contener su emoción ante la presencia del autor de *Ficciones* y *El Aleph*, dos de las obras que ya había publicado antes de su encuentro con el escritor yeclano, y nos ofrece el siguiente y cabal retrato:

Tan apocado, tan débil, tan mimado y dubitativo, como aparenta, Borges impone. Sabe mucho y, sobre todo, en un momento de malabarismo sintáctico y de euforia gramatical en la Argentina, él ha sido como tablón punitivo de la inquisición de la Lengua. (Castillo-Puche, 1959: 135)

En los Estados Unidos, Castillo-Puche propicia otro encuentro breve con buena parte de los componentes de la llamada ‘Generación perdida’, con los amigos y discípulos de Jack Kerouac, que el autor escribe “Keroac” en estas páginas. Allí conoce personalmente (no sabemos con certeza cómo pudo comunicarse con ellos, puesto que Castillo-Puche no hablaba ni entendía el inglés) a William Carlos William, a Allen Ginsberg, a Lawrence Ferlinghetti, a Gregory Corso, etc. En resumidas cuentas, un grupo de tipos interesantes, “gente que está en el trance de producir algo serio” (Castillo-Puche, 1959: 605). A todos ellos les da cuenta de las producciones de poetas españoles como Dámaso Alonso, Aleixandre, Rosales, Panero, José Hierro, Blas de Otero, etc. E incluso les cita a los más jóvenes, contemporáneos del propio Castillo-Puche, como Manuel Alcántara, Eugenio de Nora o José María Valverde.

En La Habana coincide con Hemingway, al que ya había conocido en Madrid. Viaja hasta un pueblecito, cercano a la capital cubana, llamado San Francisco de Paula. Allí se halla “La Vigía”, la hermosa finca en donde el autor de *El viejo y el mar* pasa sus días con Mary, su esposa. En la misma puerta, hay un cartel, en inglés y en español, que dice: “Aquí nadie venga sin ser llamado”. El encuentro, que se prolongó durante varios días, entre los dos amigos es muy cordial. Castillo-Puche describe al escritor norteamericano como “un hombre de ley, deportista, pescador y cazador y sentimental de las chimeneas, hombre de guerra y de paz” (Castillo-Puche, 1959: 489). Y nos ofrece, asimismo, como testigo privilegiado, valiosos datos sobre el modo físico, tan particular, que tiene el premio Nobel a la hora enfrentarse a la escritura:

Hemingway escribe de pie, de cara a la pared. Escribe sobre un atril medio frailuno, en donde están colocados los folios. Al lado hay una pila fenomenal de lápices amarillos todos muy bien afilados. Hemingway escribe cuatro o cinco palabras en el papel y lo deja caer. Luego traslada otro pensamiento, otro adjetivo, otra sensación. El suelo queda sembrado de apuntes. Luego Mary los

junta y Ernesto comienza a revisar todo lo que salió. Hay cosas que rompe y hay otras que guarda. (Castillo-Puche, 1959: 492)

En las largas conversaciones entre ambos, Hemingway saca a colación aquel pasaje en el que, gracias a la intercesión de Castillo-Puche, pudo conocer, en su domicilio de Madrid, a un Baroja ya moribundo. El novelista estadounidense le llega a confesar que “la visita a este pobre viejo me ha dañado aquí —y se tocó su monumental corazón” (Castillo-Puche, 1959: 493). Ese histórico encuentro será relatado, con todo detalle, por Castillo-Puche, casi una década después de la publicación de *América de cabo a rabo*, en su libro *Hemingway, entre la vida y la muerte*, aparecido en 1968. Una obra, por cierto, que ya promete escribir en las páginas de *América de cabo a rabo* cuando asegura que, a propósito de Hemingway, “ya contaremos algún día más cosas” (Castillo-Puche, 1968: 494). En ese extenso volumen de 1968, Castillo-Puche reproduce, íntegramente, la conversación entre don Pío y su nuevo amigo Ernesto:

El hombre de las botas cósmicas y del éxito mundial iba a visitar al escritor en zapatillas que moría casi en el anonimato dentro de su pueblo. Pero los dos eran dos soñadores de marca, dos ilusos, dos desengaños, dos espíritus críticos, dos rebeldías, dos aburrimientos, dos artes, por no decir un arte solo e igual. (Castillo-Puche, 1968: 321-322)

Uno de los momentos más dramáticos, emotivos, delicados y tensos se produce en su visita a Juan Ramón Jiménez en Puerto Rico. La figura del poeta andaluz, Premio Nobel de Literatura en 1956, poco tiempo antes del encuentro con Castillo-Puche, ocupa la mayor parte de ese capítulo. El escritor yeclano, acompañado por el doctor Hoyo, visita en el hospital al poeta. Le estaban tratando con antibióticos de una neumonía bronquial. Su muerte estaba cada día más próxima. Y antes de entrar en coma, Castillo-Puche logra quedarse a solas con Juan Ramón y escuchar cómo deliraba a gritos: “Aparte de que me miraba fijamente, estaba aquel jadeo ansioso que se traía, diciendo ‘No, no’ constantemente. Casi siempre estos arrebatos los terminaba gritando: — Madre, madre... Ver Moguer” (Castillo-Puche, 1959: 525). Poco después, entró en coma. Castillo-Puche asiste al embalsamamiento del escritor recién fallecido. A continuación, se celebraron las exequias, una ceremonia de realce con mucho sentimiento popular, y nuestro escritor es uno de los que portan a hombros el féretro: “El ataúd era respetable y muy rico, con unos pliegues de seda de damasco por dentro, para hacer cómoda la interminable travesía” (Castillo-Puche, 1959: 530).

El problema más acuciante vendría poco después. Se pretende, en primer lugar, que las cenizas de Juan Ramón descansen en su lugar de origen, en España, y que su documentación y sus libros, permanezcan para siempre en Puerto Rico. A Ricardo Gullón fue a quien le tocó poner en orden todos estos papeles. Se intentaba respetar la voluntad del recién desaparecido. Castillo-Puche, que logró terciar en este delicado asunto, con cierto sentido de humor, dejó claro que se trataba de una cuestión difícil de resolver, que

recorriendo papelorios de Juan Ramón sería muy fácil de encontrar veinte sitios o más donde quiso descansar eternamente y en algunos de ellos sin morirse siquiera. Allí donde veía una suave colina, un dulce caminito, un frondoso pino, una playa silenciosa, allá estaba el poeta queriendo morirse de gusto. Luego, a la muerte natural ya le tenía menos afición y, como a cada quisque, se le ponían los pelos de punta de sólo mentarla. (Castillo-Puche, 1959: 529)

Sus restos, como se sabe, fueron trasladados, finalmente, a España, y descansan en el Cementerio de Jesús, en Moguer, su localidad natal.

Los libros de viajes, y muy especialmente el que aquí hemos analizado pormenorizadamente, *América de cabo a rabo*, no suponen un simple complemento de la literatura de Castillo-Puche. No son un paréntesis en la carrera de este escritor que, cuando se pone ante el papel en blanco, apenas distingue entre los diversos géneros. Va al periodismo con la misma fe, con el mismo entusiasmo y el mismo ímpetu que lo que hace cuando escribe una novela. En ambos casos, despliega toda su sabiduría, no se guarda material para otra ocasión, emplea todos los recursos —la ironía, la parodia, el humor— que hay a su alcance, dejando a un lado las divagaciones y centrándose en todo aquello que cuenta, transmitiendo al lector una sensación de verdad. Hasta la fecha, han sido muy pocos los estudiosos que se han interesado por esa otra faceta de Castillo-Puche en la que el viaje se erige en la esencia de su relato. González-Grano de Oro, en su libro de 1983, al referirse a *América de cabo a rabo*, ya dejó claro que

el libro, aparte el valor humano de sus impresiones [...] y el literario de sus páginas, es uno de los más reveladores del habla propia del autor, de sus preferencias léxicas, de su manera personal de expresarse y comunicarse. (González-Grano de Oro, 1983: 192)

Poco después, en un trabajo de 1988, Ruiz Fornells destacó otros aspectos reveladores de esta obra, determinando que

América de cabo a rabo es la aventura acabada e inacabada del periodista José Luis Castillo-Puche [...]. Su libro es más que un simple relato de un viaje ya que en parte es novela de aventuras, en parte relato sentimental en el que vuelve a encontrar viejas amistades y hace otras muchas nuevas, es la búsqueda de la verdad hispanoamericana y, asimismo, la búsqueda de España. (Fornells, 1988: 155)

Asimismo, uno de los más destacados escritores españoles actuales, el leonés Julio Llamazares, autor de *Luna de lobos* (1985) y *La lluvia amarilla* (1988), que comparte con Castillo-Puche el cultivo de la novela, el ensayo periodístico y, asimismo, la literatura de viaje, con obras reconocidas y muy elogiadas como *El río del olvido* (1990) o *Las rosas de piedra* (2008), en el prólogo de su volumen titulado *En Babia*, en donde se recoge una parte de su producción periodística aparecida, sobre todo, en el diario *El País*, en el prólogo de la edición que citamos, asegura: “Hace tiempo que alimento la sospecha de que la literatura no es más que el horizonte que empieza donde acaba el periodismo, y en cualquier caso, es en esa zona neutra, en esa tierra de nadie en la que los dos se unen” (Llamazares, 1991: 5).

En efecto, los viajes de Castillo-Puche por el mundo, plasmados después en sus obras, ayudan a conocer mucho mejor no sólo su literatura de creación en donde lo más puramente imaginativo impone su ley, sino que, al mismo tiempo, nos descubren al propio personaje: un hombre interesado por otras culturas, entrañable, culto, solidario, curioso e inquieto que, años antes de morir, aún tuvo tiempo de elegir para la tumba en donde yace, en su ciudad natal, el siguiente epitafio: “No sabría que he vivido, si no supiera que he soñado”.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRERO PÉREZ, Óscar (1987): *La novela existencial española de posguerra*, Madrid: Gredos.
- BELMONTE SERRANO, José (2000): *Visiones y apariciones de un escritor: José Luis Castillo-Puche*, Murcia: Nausicaä.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1959): *América de cabo a rabo*, Madrid: Ediciones Cid.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1961): *El Congo estrena libertad*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1964): *Costa Blanca y Costa de la Luz*, Barcelona: Noguer.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1968): *Hemingway, entre la vida y la muerte*, Barcelona: Destino.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1992a): *Hemingway. Algunas claves de su vida y de su obra*, Madrid: Ediciones Libertarias.
- CASTILLO-PUCHE, José Luis (1992b): *América de cabo a rabo*, Murcia: V Centenario Comisión de Murcia.
- CEREZALES, Manuel (1982): *José Luis Castillo-Puche*, Madrid: Ministerio de Cultura.
- CHIVITE FERNÁNDEZ, Javier (2009): *José Luis Castillo-Puche: un periodista viajero*, Madrid: Fragua.
- CRESPO, Antonio (1985): *La obra literaria de los periodistas murcianos*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio.
- GARCÍA VIÑÓ, Manuel (1975): *Novela española actual*, Madrid: Prensa Española.
- GONZÁLEZ-GRANO DE ORO, Emilio (1983): *El español de José L. Castillo-Puche*, Madrid: Gredos.
- JIMÉNEZ, Salvador (1966): *Españoles de hoy*, Madrid: Editora Nacional.
- LLAMAZARES, Julio (1991): *En Babia*, Barcelona: Seix Barral.
- RUIZ FORNELLS, Enrique (1988): “América como modelo periodístico en la obra literaria de José Luis Castillo-Puche”, in Martín, Gregorio C. (ed.): *Selected Proceedings of the Pennsylvania Foreign Language Conference*, Pittsburgh: Dept. of Mod. Langs., Duquesne University, pp. 147-157.
- SANZ VILLANUEVA, Santos (1972): *Tendencia de la novela española actual (1950-1970)*, Madrid: Edicusa.
- SOBEJANO, Gonzalo (1976): *Novelistas españoles de postguerra*, Madrid: Taurus.
- SOLDEVILA, Ignacio (1980): *La novela desde 1936*, Madrid: Alhambra.